

¿“Gusanos bípedos” o mis *alter-ego*?

Carmen Adriana Santander García

Vivimos rodeados de otras personas, pero ¿qué son esos otros? ¿Qué es lo que nos asemeja o diferencia a *nosotros* de *ellos*? La respuesta a estas preguntas va a determinar el tipo de relaciones que establezcamos con los demás. Schopenhauer, filósofo del XIX, proponía en su sistema filosófico que es posible darse cuenta de la *identidad* absoluta en cuanto a la esencia que nos une con los demás. Pero a pesar de esta pretensión de borrar las fronteras de la otredad con el resto de los hombres, Schopenhauer, en uno de sus viajes a Italia apunta en cierto momento en su diario de viaje: “Si pudiese simplemente deshacerme de la ilusión de considerar a estas lenguas de víbora y de sapo como mis iguales evitaría muchos problemas.”¹. También llegó a llamar “gusanos bípedos” a sus contemporáneos por su mediocridad, creyéndose sin duda superior a ellos. Schopenhauer era conocido en su época por su arrogancia y vanidad, y su costumbre de tratar a los demás de forma grosera e impertinente. ¿Cómo podemos encuadrar estas dos ideas tan diferentes? ¿Sugieren una profunda contradicción entre el pensamiento y la forma de vida o tienen algún fundamento en el seno del pensamiento?

Introducción a Schopenhauer

Para acercarnos a la ética tenemos que hacer una obligada parada en el sistema metafísico:

Una de las lecciones que la filosofía ha tratado de enseñarnos desde el principio ha sido la de no fiarnos de aquello que vemos, de aquello que percibimos sensorialmente. Quizá haya una realidad más allá, una verdadera realidad.

Schopenhauer, como otros filósofos anteriores, propone una realidad que subyace al mundo sensorial y percibido. Esta realidad, llamada Voluntad, es un substrato metafísico único que se manifiesta en el mundo y constituye las apariencias. La obra principal de Schopenhauer se llama *El mundo como Voluntad y Representación* y no es en vano, puesto que condensa su filosofía. La Voluntad es el substrato y la Representación la apariencia, pero ambas son dos caras de una misma realidad.

Vayamos a describir la Voluntad: Es la esencia interna del mundo: un “uno” de donde venimos al nacer y a donde vamos al morir. Es un principio cósmico que produce la vida y es fundamentalmente un querer, un anhelo, un deseo, un afán apremiante, una ciega pulsión inconsciente e irreprimible. Se puede ver la inspiración de Freud en ella para definir el inconsciente: tanto la Voluntad como el inconsciente son irracionales (en realidad serían más bien a-rationales), una fuerza de la que no somos conscientes a primera vista, la base motriz de la vida y del desarrollo biológico, y que están en relación con los instintos más básicos. Podemos pensar entonces en el impulso de la vida en la naturaleza. Schopenhauer había estudiado biología y ciencias naturales, y

¹SCHOPENHAUER, A. Manuscritos de Berlín (1818-1830), 8

seguramente estuviera maravillado por esa capacidad de la naturaleza para producir la vida. El afán de autoconservación estaría producido por esta fuerza, que provocaría en nosotros la lucha por la vida, costara lo que costara. El siglo XIX fue el de la biología, y está claramente marcado por una concepción animista del mundo, en contraposición a la concepción mecanicista de los dos siglos anteriores. En el siglo XVII la metáfora era el reloj, Dios es el relojero, y los hombres pueden tratar de llegar a entender cómo funciona ese reloj. El punto álgido de esta visión es la mecánica de Newton, en donde se consolida. En el siglo de las luces se continúa con esta visión, mezclada con rasgos de optimismo y otros. En contraposición, en el siglo XIX se concibe el mundo como un ser vivo, y por tanto, tiene que tener una fuerza vital. En la ciencia se habla mucho de las fuerzas primordiales, tanto en el mundo inorgánico (Faraday, por ejemplo, decía que el magnetismo, la electricidad, la luz y la gravitación eran manifestaciones de una misma fuerza primordial) como en el mundo orgánico. Schopenhauer interpreta que la ciencia de su época le está dando la razón. La Voluntad también se manifiesta en el ser humano como querer, y de hecho, el ser humano es la manifestación más perfecta de la Voluntad.

En contraposición a casi toda la filosofía anterior, este ser de Schopenhauer está regido por el caos y el sinsentido. Es arracional (no es comprensible racionalmente, ni clasificable, ni tiene un objetivo, ni un desarrollo orientado a un fin, sino que es más bien un eterno presente). Como es arracional, en la Voluntad no hay armonía. Es desagradable: el corazón de las tinieblas que nos resulta tenebroso y atrayente al mismo tiempo. En la novela de Joseph Conrad *El corazón de las tinieblas* hay una descripción de un sueño que quizá es una buena forma de adentrarse en el concepto de Voluntad: “Sensación mezcla de absurdo, sorpresa y aturdimiento en un rumor de revuelta y rechazo”²

La Voluntad se manifiesta de manera perceptible en los hombres en el *querer*, en nosotros como seres deseantes. No tiene que ver con la idea de voluntad tal y como hasta ahora se había pintado, como un querer racional y reflexivo opuesto a los instintos que mediante la deliberación decide qué acción quiere realizar. Schopenhauer lo llama Voluntad y no “alma del mundo” como en el pensamiento indio porque lo conocemos fundamentalmente como nuestro querer, nuestro deseo³. El término alemán es *Wille*, que no tiene que ver con esa decisión reflexionada, sino con un querer más básico.

¿Qué hay de la Representación? “Mi mundo es mi representación”. Es decir, lo que conozco del mundo sensorialmente, intelectualmente, y el mundo tal y como se me aparece es la Representación, la manifestación de la Voluntad. En realidad, es tal y como se me aparece en función de las categorías, que para Schopenhauer serán espacio, tiempo y causalidad. Señalamos entonces que la división sujeto-objeto, así como la individuación de los seres (el individuo, es la manifestación fenoménica de la Voluntad en el tiempo⁴) son características de la Representación. Todo el conocimiento objetivo, o sea, que se hace sobre un objeto por parte de un sujeto, es representación. Es un velo

²CONRAD, J. *El corazón de las tinieblas*, Clásicos universales, Fontana, Edicomunicación S. A., Barcelona, 1994, p. 50

³SCHOPENHAUER A. *El mundo como Voluntad y Representación* Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2003, Introducción de ARAMAYO, R.R. p. 23

⁴SCHOPENHAUER, A. *El mundo como Voluntad y Representación*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2003, Párrafo 54

que se coloca delante de la verdadera realidad, que nos da seguridad y nos produce la ilusión de la comprensión y el control del mundo. El hecho de que no podamos captar racionalmente la Voluntad no es un problema de la constitución de los humanos (como lo sería en Kant), sino de la naturaleza de la misma Voluntad.

Como han podido percibir, este sistema metafísico tiene que ver con Kant y Platón en la filosofía occidental y con la filosofía India en Oriente. La verdad que estos sistemas nos presentan es “que este mundo que aparece a los sentidos no tiene un verdadero ser sino un incesante devenir, es a la par que no es y su percepción no es tanto un conocimiento como una ilusión” “La misma verdad, formulada de un modo distinto es también una doctrina capital de los *Vedas y Puranas*, la doctrina de el velo de Maya, ante el cual no se entiende sino lo que Kant denomina fenómeno en oposición a la cosa en sí, pues la obra de Maya se declara como este mundo visible en el que estamos (...), un velo que envuelve la consciencia humana, un algo respecto a lo cual da lo mismo decir que es verdadero o falso, da igual decir que es o que no es”⁵.

Así pues, la Voluntad se identifica con *la cosa en sí* kantiana, con el mundo de las ideas platónico, y con el Brahma hindú. La Representación puede ser puesta en relación con el mundo fenoménico kantiano, el mundo sensible como copias de la verdadera realidad en Platón y el velo de Maya en la filosofía india. Como veremos, donde más precisa es la analogía es en el pensamiento indio, después en el sistema kantiano y por último en el platónico.

Pero hay una distinción fundamental con el sistema platónico y kantiano. Schopenhauer nos dice: “una diferencia esencial entre el método de Kant y el que yo sigo estriba en que él parte del conocimiento mediato y reflexivo, mientras que por el contrario, yo parto del conocimiento inmediato e intuitivo”⁶. En Kant no podemos acceder a la *cosa en sí* a través del conocimiento, en Platón es a través del conocimiento intelectual como llegamos a ella y en Schopenhauer se da un giro que tiene que ver con el otro elemento de comparación que querríamos mencionar.

“Se buscó el camino hacia fuera en todas las direcciones vez de entrar en uno mismo, en la esfera donde ha de resolverse todo el enigma”⁷. Y he aquí la cuestión. La forma de conocer la Voluntad es la introspección. El darnos cuenta de que tenemos una faceta volitiva y de que a veces nos vemos arrastrados por nuestros deseos y nos entregamos a ellos. La conciencia humana que se da cuenta de esto, llamada conciencia mejor, es la más perfecta objetivación de la cosa en sí.

Esta desconfianza en la razón analizadora y desintegradora es un elemento fundamental del movimiento cultural de su época: el romanticismo. En este periodo se trataba de buscar dentro de uno mismo la fusión con el todo indeterminado, con el libérrimo espíritu de la naturaleza. Ligado a esto también aparece la introspección como una forma de conocimiento que compite con la razón. La introspección es el conocimiento de nuestra propia esencia a través de un proceso de conocimiento parecido a la meditación budista en la que prescindimos de las categorías para adentrarnos en nosotros mismos.

⁵SCHOPENHAUER, A. “Crítica de la filosofía Kantiana”, apéndice de *El mundo como Voluntad y Representación*, edición de R. R. Aramayo, Fondo de cultura económica, Madrid, 2003, p. 523

⁶SCHOPENHAUER, A. “Crítica de la filosofía Kantiana”, apéndice de *El mundo como Voluntad y Representación*, edición de R. R. Aramayo, Fondo de cultura económica, Madrid, 2003, p. 557

⁷Citado por SAFRANSKI, R. *El mal o el drama de la libertad*, Fábula Tusquets, Barcelona, 2005, p. 72

Sistema ético

Consecuencia de que el principio de la vida sea esta Voluntad así definida es que la vida es dolor. Por ello, y también por estar constituidos de Voluntad que sólo quiere su propia conservación, los seres humanos somos egoístas ilimitadamente. Es decir, tratamos de conservar nuestra propia vida y privilegios a toda costa. “El afán de autoconservación, cueste lo que cueste, es esencial a todos los seres”⁸.

¿A qué se debe, según el sistema de Schopenhauer, el egoísmo ilimitado? A que como somos Voluntad y Representación pero sólo percibimos a los demás como Representación, a nosotros mismos nos vemos inmediatamente, mientras que a los demás les vemos mediatamente, es decir, como objetos dentro de la Representación y adquirimos, para nosotros mismos mucha más importancia que los demás. A nosotros nos sentimos “de primera mano”. Es decir, somos conscientes de que queremos, anhelamos, deseamos, y tratamos de satisfacer nuestros deseos, sin importarnos el impedir que los demás satisfagan los suyos. Y para colmo, la satisfacción es ilusoria. El placer no existe, es demasiado corto, apenas lo sentimos, y no estamos hechos para él (basta ver lo rápido que pasa el tiempo cuando lo pasamos bien y lo poco conscientes que somos de ello), y nuestra vida es un constante pasar del dolor por no tener lo deseado al hastío de no saber qué hacer, estando aburridos de lo que tenemos. Después volvemos al dolor de desear y no tener, y tras esto al hastío de nuevo. Esto es la rueda del dolor y la existencia humana.

Sin embargo, vemos que hay buenas acciones. ¿Cómo se explican éstas? Quien hace la buena acción suprime la barrera con el otro momentáneamente movido por la compasión. Parece que hay cierta esperanza espontánea de escapar del horror que es el mundo. Y la compasión es el sentimiento que promueve nuestras acciones morales. Esta supresión de barreras “es misteriosa: la razón no puede dar cuenta de ella”⁹. Esto es descender el Velo de Maya aunque espontáneamente sólo se hace por un momento.

¿De qué otras maneras podemos escapar de ser arrastrados por la horrible Voluntad? La idea es la de separarse y tratar de hacer de la Voluntad un objeto de contemplación, en vez de estar inmersos en ella. Salir de ella. Esto puede hacerse mediante la contemplación estética de las obras de arte (en la experiencia estética estamos tan sobrecogidos por la belleza que el transcurso de la Voluntad en nosotros se frena) y mediante el conocimiento. Éstas son escapadas cortas de la Voluntad que nos muestran la posibilidad de escapar permanentemente. La manera definitiva de escapar de la Voluntad es el ascetismo. Evidentemente, la mayoría de los hombres conscientes escapa de ella mediante el arte y el conocimiento, y muy pocos lo hacen mediante el ascetismo, ya que es una solución más duradera pero también más costosa (significa la renuncia a la vida, al placer y al dolor, casi hasta el punto de que nos dé igual estar vivos o muertos).

El dolor nos acerca a la salvación, porque ayuda a encontrar el camino cuando sabemos convertirlo en conocimiento puro que lleva a la negación. Los grandes dolores quebrantan la afirmación de la Voluntad (el entregarse a los deseos y buscar la satisfacción) para dar paso a la negación de la Voluntad.

⁸SCHOPENHAUER, A. *El mundo como Voluntad y Representación*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2003, libro 4

⁹SCHOPENHAUER, A. *Dos problemas fundamentales de la ética*, Siglo XXI, Madrid, 1993, p. 254

¿Y qué es la negación de la Voluntad? El ser humano puede hacer introspección y conocer la Voluntad dentro de sí, conocerse como Voluntad. Siendo así una Voluntad consciente, ésta puede contradecirse a sí misma contradiciendo al fenómeno. Es importante notar que según Schopenhauer, la supresión de la Voluntad y la entrada en el reino de la libertad se da por una relación íntima entre el conocimiento y la Voluntad y no puede hacerse voluntariamente. El objetivo del asceta es llegar a decir: “El mundo es mi Voluntad” y después pasar a decir “El mundo es La Voluntad”.

¿Cuáles son las consecuencias de negar la Voluntad? Quien la niega se da cuenta de que todo el mundo que conoce sensorial e intelectualmente es mera Representación, y descubre esa realidad ontológica que es la Voluntad. Se da cuenta de que subyace a todos los seres y de ello se deriva el principio de identificación de los seres, que en el hinduismo se formulaba como “Eso eres tú”. Yo me identificaría con vosotros y con todos los otros seres, y a su vez todos nos identificaríamos con el *Brahma*, o con la Voluntad en el caso de Schopenhauer. Estamos hechos de Voluntad. El sabio se da cuenta de que todos los seres padecen dolor, y eso genera la compasión en él. Así, el segundo principio del ascetismo es “Todo amor es piedad”. De esta compasión surgen las virtudes cardinales: la justicia (entendida como no cometer injusticia con otros, es decir no afirmar mi Voluntad negando la de otro) y la caridad (que consiste en ayudar al otro en la medida de su sufrimiento, pero no más allá de él (no se trataría de hacer felices a los demás, sino de que no sufrieran)).

Desde el punto de vista de la Representación, hay grandes diferencias sociales e intelectuales entre los hombres. Hay algunos grandes hombres con genio que surgen de vez en cuando, pero en general las masas son incultas, ignorantes y supersticiosas. Viendo a la Voluntad bajo el principio de individuación y con la forma de los otros, les vemos como enemigos, como competencia que pueden impedir que satisfagamos nuestros deseos, o incluso podemos verlos como objetos de diversión para paliar y evitar el otro gran mal: el tedio¹⁰.

Desde el punto de vista de la Voluntad, no hay esas diferencias, que son ilusorias. El asceta que mira desde el punto de vista de la Voluntad probablemente reconoce esas diferencias, pero sabe que son ilusorias, o las conoce, comprende y simplemente compadece a los demás independientemente de que sean iguales o distintos (a veces da esta impresión leyendo a Schopenhauer).

En resumen, y lo que nos interesa para esta comunicación es que solamente sintiendo que los demás son iguales que nosotros, que estamos hechos de la misma “pasta”, podemos llegar a tener un comportamiento moral hacia ellos. Se propone una igualdad que esté basada en el sentimiento, y que precisamente esto sea el garante de conseguir la fraternidad. De los tres ideales de la Revolución Francesa el más difícil de conseguir es precisamente la fraternidad. En cierto sentido los sistemas de algunos de los grandes filósofos alemanes del Siglo XIX buscaban la fraternidad: Hegel en el la identidad-en-la-diferencia y su manifestación política, el Estado y Marx en la utopía comunista. Obviamente este ideal de fraternidad no sólo se ha buscado en el siglo XIX, sino que ha sido una búsqueda difícil a lo largo de mucho tiempo. Muchos otros filósofos tenían utopías de fraternidad, y la búsqueda ha sido motor de surgimiento de religiones (que en cierto sentido no dejan de ser sistemas filosóficos). ¿Cuál es el problema con ella? Que no se puede imponer. Siempre ha venido definida por el concepto de libertad y

¹⁰Esta idea esta sugerida en el artículo de Carmen Posadas en el XL Semanal nº 1060, p. 85

el de igualdad, o relacionada con ellos, pero el problema es que hay muchas maneras de interpretar libertad e igualdad, y no necesariamente si esos conceptos utópicos se llevaran a cabo se conseguiría la fraternidad.

En muchas ocasiones se ha apelado a la parte emocional del ser humano para tratar de encontrar esta fraternidad. La causa de esto puede ser la que Schopenhauer señala: que para que haya de verdad fraternidad hay que *sentir* la igualdad, no sólo *saberla*.

Estas ideas tienen el problema de que podemos encontrarnos con personas que no compadecen y que por tanto no se comportarán moralmente. Esto es indeseable en el caso de que pretendamos hacer una ética prescriptiva. Pero Schopenhauer aceptaba la existencia del mal como algo natural, y más bien veía las buenas acciones como algo excepcional. Pensaba que la ética debía ser descriptiva más que normativa, y esto fue lo que propuso. Por tanto, así evitó los problemas de una ética emotivista. Podemos discutir que la descripción que hace sea la adecuada, pero quedémonos con la idea básica y tratemos de extraer consecuencias de ella.

Una relación de poder se basa en la visión del otro como diferente. Nuestras sociedades proponen una igualdad institucional, es decir, la imposición de la igualdad por ley (o a eso se tiende, queda mucho por hacer). Las leyes son un buen obstáculo para quien quiere obrar mal, pero obedecer a las leyes por miedo al castigo no constituye un comportamiento moral según Schopenhauer. También dice que si se conoce y siente la identidad fundamental de la Voluntad en las personas, no pueden surgir relaciones de poder. A nivel personal, incluso cuando sabes que los demás son teóricamente iguales, el hecho de sentirlo puede llevar a mejorar la armonía con los otros. ¿Estamos quizá engañados por el velo de Maya al considerar a los demás como diferentes? Y no estamos hablando de considerar a quienes tienen un color de piel distinto como iguales (u otras diferencias de ese tipo, dignas de ser mencionadas en las constituciones). Eso nos resulta demasiado evidente. Es algo más, verles como tus *alter-ego*, reconocerte en sus actos y pensar que tú también podrías ser así, actuar así, y tratar de comprender por qué hacen lo que hacen. A veces a quien más cuesta considerar como tu igual es al que más se parece a ti.

Ahora que hemos visto la fuerza de la idea, podemos pasar a revisar a la persona de Schopenhauer y entenderemos perfectamente que dentro de su sistema se admite que propusiese la eliminación de la barrera con el otro, y a su vez llamase “gusanos bípedos” a sus contemporáneos. Hay que tener en cuenta que Schopenhauer sufrió mucho. Cuando tenía 17 años su padre se suicidó. Años después se sentía totalmente incomprendido como filósofo, y él pensaba de sí mismo que buscaba la Verdad y que su Filosofía no estaba al servicio del dinero, como acusaba a muchos de sus contemporáneos. Se presentaba como el justiciero que iba a salvar a la Filosofía de las garras de la oscuridad en la que había entrado con Hegel y otros filósofos de su época, que no explicaban más que un oscuro catecismo. Trató de obtener una cátedra de Universidad y no fue bien acogido. Incluso, (y se ve su orgullo y complejo de superioridad) puso en alguna ocasión sus clases a la misma hora que las de Hegel, con estrepitoso fracaso. Tendía a ver a sus contemporáneos, efectivamente, como “gusanos bípedos” y defendía una clara teoría de las élites: “Todas las diferencias que se establecen entre los hombres (...) son una nadería en comparación de la distancia que la naturaleza ha

fijado irrevocablemente desde el punto de vista moral e intelectual”¹¹. Pero estas ideas se dan en el ámbito de la Representación, no en el de la Voluntad, y están causadas por el principio de individuación que hace aparecer a los hombres como distintos. El sabio es consciente de que esas diferencias son ilusorias. No obstante, Schopenhauer vivía en el mundo de la Representación y de sí mismo decía que se tuvo que conformar con la huida en la contemplación estética sin llegar a ser sabio ascético.

Era muy inteligente, y sin duda, el fracaso de su vida, y de sus aspiraciones contribuyeron a que se viera a sí mismo como genio incomprendido. Esta visión no era más que una estrategia de autodefensa ante el fracaso. Y a mayores fracasos, mayor era la necesidad de refugiarse en sí mismo y en su inteligencia y de ampliar el abismo con los otros. Quizá por eso dice que le gustaría deshacerse “de la *ilusión* de considerar a estas lenguas de víbora y de sapo como [sus] iguales”. ¿Cuál es la ilusión, la Representación o la identidad? Viendo su propia historia podríamos pensar que no basta sólo con que miremos en nuestro interior para darnos cuenta de que estamos hechos de lo mismo que los demás, sino que quizá es necesario también que los demás nos ayuden a empezar a sentir esa igualdad.

Bibliografía

- CONRAD, J. *El corazón de las tinieblas*, Clásicos universales, Fontana, Edicomunicación S. A., Barcelona, 1994
- POSADAS, C. “Efectos colaterales de la felicidad”, XLSemanal nº 1060, de 17 al 23 de Febrero de 2008
- SAFRANSKI, R. *El mal o el drama de la libertad*, Fábula Tusquets, Barcelona, 2005
- SAFRANSKI, R. *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*, Alianza Universidad, Madrid, 1991
- SCHOPENHAUER, A. *El amor, las mujeres, la muerte y otros temas*, Porrúa, Méjico, 2004
- SCHOPENHAUER, A. *El mundo como Voluntad y Representación*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2003
- SCHOPENHAUER, A. *Los dos problemas fundamentales de la ética*, Siglo XXI, Madrid, 1993

¹¹SCHOPENHAUER, A. *El amor, las mujeres, la muerte y otros temas*, Porrúa, Méjico, 2004, p. 391